

zándose, rompen a sollozar como dos criaturas.

Así se despide de Madrid Paco Trelles, de aquel Madrid cuyo nombre cifró el humo entre pámpanas; se despide llorando, ¿quién dirá si de amor o de pena?, en los brazos de una pobre mujer.

XIX

Señor Manuel Trelles baja a la huerta; diríjese al cenador de parra; va a sentarse en la silla pintada de verde.

Servido está el almuerzo, y falta un comensal; el buen hombre se acerca a la casa.

— ¡Paco, Paco! — grita.

Y Paco aparece en lo alto del corredor.

— Allá voy, padre.

Señor Manuel se sienta; cuando va terminando el desayuno, llega Paco, que sorbe a toda prisa su tazón de café. El padre ha encendido la pipa. La pipa de Paco descansa vacía sobre la mesa.

— ¿No fumas, muchacho?

Paco no responde. El cacique se le queda mirando. Está el muchacho triste y caviloso; tiene la frente apoyada en la mano derecha, y sus ojos parecen huir los ojos del padre.

Señor Manuel suspira; pasan unos momentos.

Paco sigue callado. Señor Manuel sacude la pipa, y, ya vacía, colócala en la mesa, emparejada con la del hijo; saca el pañuelo, tose, mira a lo alto con tanta atención cual si quisiera contar las hojas de la parra; vuelve a mirar al hijo.

—Vamos a ver, Paco... —Paco se sobresalta. — No te asustes, que no es la cosa para tanto. ¿Quieres decirme qué es lo que te ocurre?

— Si no me ocurre nada, padre...

— ¡Me lo dirás a mí! No te ocurre, y te vienes de Madrid sin avisar, y llegas a casa con cara de muerto, y, apenas llegado, te metes en la cama, sin que haya modo de hacerte ver a nadie, y te pasas la noche en claro; no me digas que no, porque lo sé de sobra. ¿No ves que llevo veinte años oyéndote dormir? Y ahora te levantas, y no enciendes la pipa, y no te ríes, y, después de ocho meses de viaje, no encuentras nada que contar a tu padre...

— Si es que...

— ¿Estás malo?

— No estoy malo... es que... — Paco mira a su padre; el rostro del viejo, inquieto y apesarado, le es como espejo de su propia tristeza, y, al verla reflejada, de nuevo, y más intensamente, gusta su amargor. — Padre — dice casi llorando —; padre, no somos nadie.

El cacique, de un salto, se pone en pie. «¡No somos nadie!» Y mira en derredor, como desafiando al mundo entero.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— No me lo han dicho, padre; pero lo sé, porque lo he visto.

— ¿Porque lo has visto? ¿Y dónde lo has visto?

— En Madrid.

— ¿En Madrid?

Y Paco, lentamente, con voz entrecortada, va diciendo sus amarguras.

— Mire usted, padre; allí llega usted, y nadie le hace cara; y va usted a todas partes, y es usted un extraño; y quiere usted hablar, y no sabe usted qué decir; y está usted perdido como en un desierto, y triste como en la sepultura; y cree usted que va a triunfar tanto y cuanto, y no triunfa usted, porque no sabe dónde pelear ni nadie quiere pelear con usted; y anda usted por la calle, y nadie le conoce; y pasan los hombres, y no le saludan; y pasan las mujeres, y no le miran a la cara. Allí, ellos hablan a su modo, y comen a su manera, y quieren como Dios les da a entender; y usted, que se creía que era un hombre como los demás, ni sabe hablar, ni comer, ni querer; y si acaso no les da usted lástima, les causa usted

risa. Y tiene usted un amigo, y resulta que es amigo de usted mientras puede sacarle los cuartos; y piensa usted en mujeres, y si le quiere alguna es una infeliz que no tiene ya nada que perder... No somos nadie, padre; créamelo usted a mí.

Señor Manuel cabecea.

¡Tonterías del chico! No hay duda; allí en la Corte le han hecho una trastada, y todo lo ve negro; ya se le irá pasando. ¡Cosas de mujeres, como si lo vieras!

—Ea, muchacho, no hay que apurarse. ¿Que Madrid no te sienta? Porque eso es lo que a ti te ha sucedido: no hay más que verte la color amarilla y el cuerpo flaco. ¿Que no te sienta bien? Pues no vuelves, y en paz. Aquí estoy yo, que no he salido todavía del pueblo, y voy para setenta, y estoy, como me ves, tan gordo y tan contento. ¿Que quieres estudiar? Pues aquí estudias. ¿Que quieres divertirme? Pues aquí te diviertes. ¿Que mujeres? ¡Poco alegre que se nos va a poner la Elenita en cuanto sepa que estás de vuelta!... Y que no hay que decir: lo que es como guapa, es guapa. Y si a esa no la quieres, échate a cavilar y di esta boca es mía, que aquí tú eres el rey. Conque puedes reírte de la Corte y de los cortesanos.

El vientecillo mueve la parra, que está en flor. ¡Qué bien huele la flor de la parral Paco se acuerda de María Eugenia.

— Aquí tú eres el rey — repite el padre.

Y piensa el hijo que es triste reino este que él no ha ganado por su esfuerzo, y que nunca, nunca, le podrá esta realeza satisfacer.

— ¿Me has oído? ¿Qué dices?

— Que tiene usted razón.

— Pues ya lo creo, hombre, ya lo creo. Vamos, ánimo, y enciende esa pipa.

Paco enciende la pipa, y como antaño, suben al verde toldo las volutas de humo y se rizan al sol.

— Buenos días, señores. — Es don Lino —. Conque de vuelta, ¿eh? ¡Vaya, vaya, y cuánto que contar traerá el señor don Paco de la Cortel...

— Adelante, don Lino — dice el padre.

— De caza, ¿eh? — pregunta Paco maquinalmente.

— A lo que caiga — responde el buen doctor. Y sigue la vida.

FIN DE LA NOVELA